

Lina Meruane

“Soy afuerina y por tanto sospechosa”

La escritora chilena publica en España *Fruta podrida*, una novela sobre la estigmatización de la enfermedad y la resistencia al discurso imperante que prima la salud a cualquier precio. Por **Berna González Harbour**

HE AQUÍ LA PARADOJA: SUS PERSONAJES luchan contra enfermedades graves que pueden matarlos, someterlos o concederles una gran razón para luchar o resistir; pueden morir. Pero sus libros reviven como si la terapia hubiera funcionado, al menos, para ellos. Lina Meruane (Santiago de Chile, 1970) acaba de ganar el Premio Cálamo por la novela *Fruta podrida*, escrita hace 10 años pero traída a España recientemente por la editorial Eterna Cadencia.

“Mis libros están vivos, sí”, cuenta, contenta, a su paso por España. “Este libro resucita”. Ella es un ejemplo del potencial, del camino lento pero creciente que puede vivir la literatura en el mundo hispanoamericano: los libros saltan de año en año, de país en país, recobrando nueva vida y encajando con la trayectoria de esta escritora chilena de ascendencia palestina que es profesora en Nueva York. Pura globalidad para su intenso mundo interior. Y paradigma de estos tiempos.

Meruane ha trabajado durante 10 años en el tema de la enfermedad en la literatura y ella misma ha aportado una “trilogía involuntaria”: las novelas *Fruta podrida* y *Sangre en el ojo*, y el ensayo *Viajes virales*.

“Estos tres libros conversan entre sí y las dos novelas parten de una misma pregunta: ¿Qué hacer ante el discurso imperante de la salud a cualquier precio?”. *Fruta podrida* es un libro sobre la resistencia a ese discurso a partir de la tensión entre una hermana pequeña enferma de diabetes que se niega a curarse y su hermana mayor, que lucha por salvarla y por la perfección de la fruta de exportación chilena que fue símbolo de la emergencia económica del país en tiempos de Pinochet y motor económico de su dictadura. En *Sangre en el ojo* la respuesta es la contraria. “La protagonista se hace cargo de la promesa de salud a cualquier precio”. “Son respuestas antitéticas, y es que quería llevar la promesa de salud a los extremos. Es ahí donde uno ve las paradojas, las fisuras”.



Lina Meruane. Foto: Daniel Mordzinski

Ella es diabética desde los seis años y como tal le interesó y ha estudiado la estigmatización que ciertas enfermedades han conllevado en todas las sociedades y épocas. Si primero fueron las psiquiátricas y la tuberculosis, luego el cáncer y más recientemente el sida, siempre ha habido males que —cita a Susan Sontag— “han sido curables e incurables, y los incurables han tomado un significado para cada época que viene de atrás, de la religión, como un castigo divino. Por ello se ocultan”.

La diabetes no la ha estigmatizado, pero sí la convirtió en objeto de las lecciones que el mundo quiso darle sobre lo correcto. “Desde pequeña, cuando decía que no quería tarta o pedía algo light, siempre alguien me acusaba de

“Los escritores debemos excavar en el lenguaje en busca de la verdad. Ni es fácil ni estoy segura de que sea posible”

hacer dieta por vanidad. Aprendí a lidiar con eso, dejaba que hablaran y cuando terminaban el sermón les decía: es que soy diabética. Pero había una culpabilización, una microagresión. Tú tienes que comer lo mismo que nosotros, los demás. No es un estigma, pero sí una dificultad, porque todos se creen con derecho a decir algo sobre tu vida”.

Meruane puso fin a su etapa de concentración en la enfermedad para dar salida a otro pellizco que sentía desde que nació: su origen palestino. Nieta de palestinos emigrados a Chile, *Volverse Palestina* fue el regreso a un lugar en el que nunca estuvo y también un salto literario importante. Es un libro de crónica, de memorias, pero también combinando ensayo. “Es un híbrido, un libro atravesado por un yo, Lina Meruane, que primero cuenta la experiencia vital de

regresar, y que luego va a la biblioteca y da cuenta de lo que sucede en el mundo intelectual en torno al tema palestino”.

Ese regreso le permitió conectarse con su identidad palestina, “pero no desde la nostalgia sino desde la conciencia política muy clara”, matiza. “Es una historia de ruinas, un darme cuenta de que no se puede volver al pasado porque el pasado no existe, los regresos son falsos, pero sí aterrizar un problema político que me vincula y me tiende el desafío de hacerme cargo de lo que está pasando allí”.

Meruane llegó a Estados Unidos en víspera del 11-S y tomó conciencia de su origen precisamente al caer las Torres Gemelas y empezar a sentir la “agresión velada y no velada” a los árabes. “Eso me asustó muchísimo y adquirí conciencia de ello, a partir de ahí sabía que yo era palestina, inmigrante, afuerina y podía ser sospechosa. Entendí mi lugar en ese lugar”. A partir de ahí empezó su búsqueda de un lenguaje de verdad dentro del lenguaje “lavado” (Gideon Levy) o “reciclado” (David Grossman). Al igual que en sus inicios como periodista en *El Mercurio* de Chile, chocó con la prohibición de palabras como “golpe militar, dictador, aborto o interrupción voluntaria del embarazo”, en Palestina encontró que se habla de “territorios árabes” en lugar de “palestinos” o de “entidad sionista” en lugar de “Israel”. Y muchos más. “Pensar el lenguaje es importante. Y los escritores tenemos el desafío de reponer algunas palabras o excavar en el lenguaje para entender todas las capas de sentido que hay encima y hurgar en la verdad que hay debajo. Ni es fácil ni estoy segura de que sea completamente posible, pero debemos hacer ese esfuerzo”.

Ahora afronta nueva etapa y nueva temática: la guerra y las mutilaciones. Como ella misma reconoce, de nuevo no demasiado lejos de la enfermedad. •

Volverse Palestina. Literatura Random House. Barcelona, 2014. 120 páginas. 13,90 euros.

Sangre en el ojo. Caballo de Troya. Madrid, 2012. 192 páginas. 14,90 euros.

Las moscas de la escritura

Por **Marta Sanz**

ZOILA, UNA DE LAS HERMANAS que protagoniza y narra *Fruta podrida*, estupendo libro de la chilena Lina Meruane, piensa, dice, tal vez escribe: “Sospecho de sus intenciones y de mi hermana: sus disquisiciones sobre la eficiencia productiva de la empresa, la obsesión con la perfecta esterilidad de la fruta, con la sanidad del cuerpo propio y ajeno. Me dan ganas de vomitar”. Zoila es el cuerpo enfermo y establece una lucha feroz con su hermana, la encarnación de la lógica capitalista, la que no está dispuesta a que se desbaraten sus inversiones ni en su empresa ni en la salud de su hermana. La hermana mayor se llama María del Campo.

Pocas veces he leído un texto donde el plano metafórico se desenvuelva de un modo tan sostenido, natural y coherente: las metáforas son una exigencia irrenunciable de la obra. A la vez, Meruane expresa con radical arrebatado alguno de los elementos de la ideología invisible de nuestra contemporaneidad; de esa ideología que realmente es el *think tank* de un capitalismo “flantrópico” —oximoron— que llevamos impreso en el ADN: la intolerancia al fracaso y, sobre

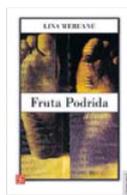
todo, la obsesión por la salud entendida como poder y producción, frente a la enfermedad que es desidia, lacra, huelga, dejación...

Zoila y las temporeras de la empresa de María del Campo se enfrentan a la exterminadora de plagas, que tiene también un concepto empresarial de la maternidad y en su doble movimiento de exterminio de las moscas y de loca defensa de la vida refleja su vanidad, su deseo de acumulación, su falta de piedad. El perfeccionismo contra la enfermedad y las máculas en la piel de la fruta se plantean como inversiones. Toda esta lucha se escribe en femenino y hay una denuncia del comercio de órganos, el tráfico de carne, la ilegalidad de ciertos trasplantes y ciertos experimentos médicos que persiguen la rentabilidad más que la salud.

“Eres pobre porque no te esfuerzas lo suficiente, te mueres porque no te esfuerzas lo suficiente...”, podría ser el mantra que Meruane capta con un len-

guaje sensorial y violento, marcadamente político en su opción lírica. La escritora se mueve en una órbita similar a la de voces como la de Olvido García-Valdés o Pilar Adón.

Mientras estaba leyendo *Fruta podrida* sólo se me ocurría un reproche que proviene de mis prejuicios: la descontextualización, ese forzamiento que sitúa la escritura en tierra de nadie y hace de cada libro una especie de parábola universal. Pero Lina Meruane, cuya prosa se resiste a los usos heredados, es una escritora inteligente, autocrítica, que sabe adelantarse a objeciones: la novela se cierra con otra voz, la de una enfermera. Entonces descubrimos que estamos en Chile y que lo que sucede en Chile ocurre también en casi cualquier rincón de nuestro mundo. Ese sitio donde “si contraigo la gripe, me quedo sin sueldo”, donde se denuncia a los médicos cuando llevan a cabo el caritativo acto de la sedación... El texto de la enfermera convierte la alta palabra literaria en arma arrojadiza. Me quitó el sombrero ante Lina Meruane. •



Fruta podrida
Lina Meruane
Eterna Cadencia
Buenos Aires,
2016
204 páginas
21 euros